

bres ó el Verbo de Dios. Se conoce al hombre verdadero, no cuando se le examina con una luz artificial, sino cuando se le mira á la luz del cielo. Allí donde las cosas humanas se juzgan según Dios, no es posible errar. El que adora á Dios, no exagera el valor de las cosas humanas en detrimento de la justicia, sino que teme también, si quisiese quitar al hombre algo de su verdadero valor, herir á Aquél que le ha creado y le lleva siempre de su mano. Únicamente respeta á la humanidad el que ama á Dios con todo su corazón, á Dios, á quien la humanidad debe doblemente su verdadero y único honor.

Esta es la razón por la cual toda la humanidad se mantiene en pie ó cae, con los dos preceptos en los cuales se encuentra comprendida la perfección cristiana. El uno es la base fundamental, eterna, sólida, de la humanidad, y está comprendido en estas cortas palabras: «Amarás á Dios con todo tu corazón.» El segundo es el resumen más corto de la doctrina de la humanidad, y se expresa en estos términos: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo en Dios.» (1)

(1) Augustin, *Ep.* 258, 2, 4.

APÉNDICE

LAS BELLAS ARTES AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD Y DEL CRISTIANISMO

1. **Gran importancia de lo sensible.**—Los hijos del mundo son, en su clase, más prudentes que los de la luz, (1) pues saben apreciar muy bien la manera como el hombre, y no solo el hombre ordinario, sino también el más instruido, experimenta la influencia de la naturaleza sensible. De aquí que, cuando quieren propagar sus maneras de ver y sus tendencias, jamás se descuidan de vestirse ese hábito con el cual tienen más fácil y seguro acceso en los corazones. Bajo este concepto, podríamos recibir lecciones de muchos de ellos.

Sin duda que la Iglesia no tiene necesidad de esto; en todo tiempo ha apreciado las bellas artes, y de ellas ha hecho uso para abrir á sus principios el camino de los corazones, probando muy bien con esto que, no sólo es una institución sobrenatural, sino que tiene al mismo tiempo el poder y la vocación de perfeccionar la naturaleza y la humanidad.

Pero cuanto más influencia ejerce en este campo y cuanto más seguridad tiene de ser invencible, mientras no se le arroje de él, con mayor tesón las tendencias que desean quebrantar el poder del Cristianismo procuran unirse para conmover el puesto que ocupa. Y como no parece prudente manifestar en público el fin de estas tendencias, también aquí prefiere el enemigo transformarse en ángel de luz, el cual, bajo la apariencia de un piadoso celo, tiende á suplantar á los Santos. De aquí provienen esos piado-

(1) Luc., XVI, 8.

sos suspiros sobre la sensualidad y el espíritu mundano, á cuyo empuje, según ellos, debió sucumbir el Cristianismo entre las manos de la Iglesia, esas erupciones de cólera que todo lo condenan, esas vigorosas sentencias bíblicas contra el espíritu de la Edad Media, que debió atraer sobre sí la maldición divina á causa de su sensualidad.

Sonreímos á veces cuando contemplamos los diversos campos en que se manifiestan estas tendencias, y la manera como los novelistas, los historiadores, los estetas, los teólogos protestantes, los literatos, en una palabra, los humanistas de toda especie, se ayudan fraternalmente en esta lucha solapada. Todos ellos continúan en este punto lo que comenzó la gran herejía del siglo XVI. ⁽¹⁾ Si se llegara á imponer como espíritu común de los pueblos cristianos el espíritu que en aquella época dominó en tantas esferas, muy pronto se daría buena cuenta del mismo Cristianismo.

En efecto, en aquellos tiempos, regiones enteras arrojaban como lastre inútil, y aun perjudicial, el elemento externo de la Iglesia, la liturgia, los Sacramentos, desplegándose un celo extraordinario contra todo ornamento artístico de las iglesias, contra toda pompa del culto divino, de tal modo, que la destrucción de las estatuas y de los edificios sagrados era considerada como el signo más seguro de un puro sentimiento evangélico. Y entre tanto los enemigos de la fe contemplaban aquella devastación inactivos y burlones, contentándose únicamente con deslizarse de vez en cuando, en los oídos de aquellos celadores, una pequeña palabra de aliento, demostrando con ello que comprendían muy bien las necesidades de la época y su *sublime* empresa, como servidores de una religión verdadera y purificada, á fin de que no se hartasen de su vandalismo. Preveían que las cosas llegarían al punto á que han llegado, y veían que una religión que se ha evaporado de tal modo, que sólo posee ya algunos elementos espirituales, los cuales, por otra parte, han sido escogidos arbi-

(1) V. *supra*, IX; XI, 11, 12.

trariamente, ya no produce efecto alguno sobre el hombre, cuya naturaleza espiritual sólo es accesible por la naturaleza sensible. Desgraciadamente, no se engañaron; los reformadores de la Iglesia eran más prudentes que sus ciegos instrumentos.

Sin duda que nadie es tan imprudente, tan antievangélico y anticristiano, que no abrigue todavía en sí un resto de adhesión á la Iglesia. Pero, sin embargo, tampoco es con frecuencia bien comprendida, por nuestra parte, la importancia de lo sensible para el cumplimiento de la empresa moral y religiosa del hombre. No obstante, lo sensible es parte esencial de la naturaleza humana. Jamás podrá prescindir el espíritu de su colaboración, si quiere cumplir sus obligaciones. Imposible es reaccionar contra él, formar lo y ennoblecerlo, si no se sirve uno de medios sensibles, ya que sólo por ellos se puede influir sobre él. Esta es la razón por la cual Jesucristo, que, como Dios y como hombre, ha traído la religión perfecta del cielo á la tierra, de Dios á los hombres, establecióla como religión divina y humana á la vez, natural y sobrenatural, es decir, bajo la forma de una comunidad humana, que es una asociación externa, que produce acciones externas, en una palabra, bajo la forma de una Iglesia visible, que posee medios de salvación sensible. ⁽¹⁾

Pero es de la más alta importancia conocer la manera y la forma como el mundo físico externo obra sobre el hombre. De aquí que no baste á la Iglesia de Jesucristo revestir de formas sensibles su culto divino, y representar al hombre sus doctrinas con simbolismo externo; sino que, por lo contrario, ha procurado dar á esta exterioridad la forma más conveniente y atractiva.

Y no sin razón. Porque el espíritu del hombre está tan estrechamente unido á la naturaleza sensible, que, á pesar de su sublimidad, no puede evitar cierta dependencia con respecto á ella. Ahora bien, puesto que esto es así, preciso es tener gran cuidado con el mundo externo y con la sensi-

(1) Cf. *supra*, X, 5 y sig. XI, 8, 10.

bilidad, cuando se trata de educación, de moral, de ascetismo y de religión. No queremos decir con esto que no sean posibles ciertos excesos en estas materias; como ocurre en todas partes, también cabe aquí la exageración, y, de hecho, se ha exagerado. Hubo un tiempo en que la ornamentación de las iglesias estaba sobrecargada, y en que la pompa en las solemnidades públicas, particularmente la música, de tal modo era abusiva, que, lejos de fomentar, turbaba la devoción y la piedad. Personas hay que no pueden orar sin arreglar de un modo pintoresco los pliegues de su vestido, sin disponer su rostro y sus manos como si quisieran fotografiarse. Aquí es donde lo accesorio perjudica á lo esencial. Estamos muy lejos de defender esto; pero por causa de tales defectos, que se encuentran aislados en muchos cristianos, no queremos conceder al mundo el derecho de condenar á la Iglesia, y sobre todo al mundo actual, ya que la educación moderna pone precisamente la estética por encima de la transformación interior moral y religiosa, y aun en lugar de lo que es bueno y ordenado, y cree que las reglas de la compostura y de las buenas formas externas pueden reemplazar á la religión. Esto equivale á convertir el medio en fin, y á postergar al hombre, considerando únicamente el vestido.

Pero, por otra parte, no podemos negar que este extremo reconoce por causa, con más frecuencia de lo que muchos se figuran, esa disposición á querer considerar al cristiano como un ser sobrehumano, sin que se piense en purificarlo exteriormente, de modo que se le haga digno del hombre por una confianza mal fundada en Dios y en la gracia, que tiende á alcanzar directamente los más elevados fines, sin emplear los medios naturales correspondientes. De aquí que no nos asombremos de que el éxito de tantos loables esfuerzos no sea mayor, y que podamos familiarizarnos tan difícilmente con una época á la cual hemos llegado á ser extraños, y que, por formación, no entienda, por decirlo así, otra cosa que el refinamiento externo, si la piedad cree deber prescindir de las reglas de

las relaciones distinguidas, y libertarse la virtud de las leyes de la belleza, de la dignidad y de la amabilidad. Sabemos muy bien que el hábito no hace al monje, pero, á pesar de esto, es de mucha importancia saber si lleva este hábito y cuál es este hábito, especialmente cuando debe ganar un mundo convencido de que todo lo hace el hábito.

Ciertamente, deploramos en el alma que, bajo nobles formas externas, se oculte un espíritu vulgar, egoísta, inmoral; pero, ¿debemos creer por esto que un espíritu deba conducirse de un modo repugnante, si quiere permanecer noble? ¡Cuántas veces hemos notado que el espíritu que ha creído poder prescindir de formas externas, adopta, sin que se aperciba de ello, un natural grosero, precisamente porque prescinde de ellas! El que conoce al hombre, sabe que no puede ennoblecerse al espíritu más que con una severa disciplina externa. Así, pues, el que quiere realizar el ideal de un hombre completo y de un mundo perfecto —y este es el fin que se propone el Cristianismo— debe procurar fundir en una sola pieza una nueva criatura, y esto por medio de lo interior y de lo exterior, de lo natural y de lo sobrenatural, de lo sensible y de lo moral. ⁽¹⁾

2. Lo bello desde el punto de vista de la estética natural y de la humanidad. ¿Tiene el arte finalidad por sí mismo? Moral y estética.—Esta unión armoniosa de lo sensible y de lo espiritual constituye la belleza. Que nadie se asombre si en una obra que trata de las costumbres y de la civilización cristiana, hablamos también de la legitimidad y necesidad de la cultura de la belleza. Precisamente es éste el lugar adecuado para ello. El perfeccionamiento moral del hombre y de la humanidad es inseparable de cierto refinamiento artístico. Jamás alcanzará su objeto la educación moral sin cierta educación estética, y menos lo logrará el arte sin ennoblecimiento moral. El arte y la moral van siempre estrechamente unidos, Tal es el arte de una época, tales sus costumbres;

(1) Cf. Conf. XXI, 4 y sig. y XX, 7.

tal la moral de un pueblo, tal su arte. Toda la historia de la civilización prueba este principio.

Entre los artistas y los críticos está de moda afirmar que, según la expresión de Schiller, el arte lleva su fin en sí mismo; ⁽¹⁾ en otros términos, que no hay necesidad de ocuparse en las leyes de la moral, antes bien, que el arte tiene libertad completa para formular por sí mismo sus leyes sobre la belleza, sin consideración alguna á la virtud y á las conveniencias. Y aun se permiten decir que hablar de obligación moral en el arte, es un lenguaje propio de pedantes. ⁽²⁾ La belleza es completamente independiente de la moral; buscar la edificación en un poema, aun cuando sea la *Mesiada*, sería tan insípido, como si uno quisiese escandalizarse de la lectura de algunos versos arriesgados de un poeta corrompido. ⁽³⁾ Pero, desgraciadamente,—exclaman—hay pocos hombres que tengan la virtud de distinguir el juicio estético del juicio moral. ⁽⁴⁾ ¡Como si fuese necesario para ello una virtud intelectual especialísima! ¡Como si todos los malbaratadores de la literatura y del arte, todos los forjadores de hemistiquios y todos los pintores de brocha gorda no procurasen precisamente indemnizarse de su falta de inteligencia, especulando con el modo de excitar la sensibilidad, y no procurasen dar relieve á las cosas horribles, con tanto mayor afán cuanto que más nula es su aptitud para la belleza!

Pero refutar á fondo semejantes enormidades,—ya que así debe calificarlas todo hombre serio que no ignore la bajeza y la corrupción que engendran—sería perder el tiempo, ya que evidentemente son prueba de la verdad de que la moral es el juez del arte. Únicamente para garantizarse contra el juicio aplastador de la ley moral, y al propio tiempo contra el de la conciencia, que no puede dejar de aprobarlo,

(1) Schiller an Goethe, *Brief*, 354, I, 343.

(2) Carrière, *Esthetik*, (1) I, 97.

(3) Schiller, *Ueber die aesthetische Erziehung*, 26 und 22 *Brief*. Stuttgart, 1836, XII, 134, 112.

(4) Lemke, *Populære Aethetik*, (3) 48.

se ha inventado el horrible principio, según el cual la moral y la estética nada tienen de común.

Así, pues, es inútil perder el tiempo para decir que la belleza no puede ser separada de la verdad y del bien. Para dar nuestro asentimiento á este principio, no tenemos necesidad de una Revelación sobrenatural. Lo que no se oscureció á los paganos, ⁽¹⁾ á saber, que la belleza, el bien y la verdad debían constituir una sola cosa según su naturaleza, deben comprenderlo todos en cualquier tiempo y lugar. Tal es el dogma fundamental de toda verdadera estética. Nada puede ser bello, si no es verdadero y bueno. Sólo cuando una idea, á la vez verdadera y moral, se reviste de una envoltura sensible, que á ella responda de modo *adecuado*, tenemos lo bello. La expresión sensible debe necesariamente, para nosotros, formar parte de la belleza, ya que no somos capaces de comprender la belleza puramente espiritual. ⁽²⁾ Pero también es completamente necesario que la envoltura externa responda en absoluto al contenido espiritual que se oculta en ella. Cuanto más la forma externa sea adecuada expresión de la verdad y del bien que se manifiestan de lo interior á lo exterior, mejor se realiza la idea de la belleza. De aquí que pueda ocurrir que una cosa sea verdadera y buena, pero no bella, porque la forma externa no está, por lo menos completamente, en armonía con su valor interno. Ahora bien, una cosa á la cual falten la verdad y la bondad internas, jamás podrá ser bella exteriormente.

No sin motivo, decimos la *verdad interna*, la *verdad moral*. La simple imitación de la realidad no es, ni mucho menos, ni el arte ni la realidad, ya que en este caso, el esqueleto de una obra maestra, ó la fotografía de un sapo ó de un cadáver roído de gusanos, también serían bellos. Reproducción fiel de la naturaleza y belleza son ideas tan diferentes como las palabras agradable, seductor, encan-

(1) Cf. Parte II, XIX, 2, 3.

(2) Thomas, 1, q. 5, a. 4, ad 1; 1, 2, q. 27, a. 1, ad 3. Cf. *Exposit. in Dionys. de div. nom.*, c. 4, l. 5.

tador, subyugador, son completamente diferentes de la de belleza. Pertenece á lo bello, si no una perfección moral, por lo menos serios esfuerzos para llegar á ella; por consiguiente, un conocimiento claro y preciso de lo que es bien y bondad, de lo que es lícito y obligatorio. Añádese á esto la voluntad decidida de cumplir los deberes relativos á la verdad reconocida, rechazando resueltamente los atractivos de una sensualidad corrompida y de un corazón inclinado al mal, y, finalmente, el orden, la armonía, la justa medida en la representación externa, cosas todas por las cuales aparece expresado, por modo digno y agradable, el fondo, de tal suerte, que también los sentidos externos queden satisfechos.

Es, pues, un signo lamentable de ignorancia el querer referir simplemente la belleza á sentimientos vagos é indefinibles. Esta confusión engendra esa atmósfera tibia, semioscura, en que la sensualidad corrompida se encuentra á sus anchas, pudiendo proseguir sus malas acciones.

De lo que acabamos de decir, se deduce que el campo de la belleza admite, no sólo la más rigurosa claridad, sino que hasta la exige. La belleza, según su fondo, se confunde con la verdad y el bien; así, pues, está sometida á todas las leyes que rigen á éstos, es decir, á las reglas de la lógica y de la moral. La forma externa está sometida á las mismas leyes que cada una de nuestras acciones y nuestras palabras en la vida pública y privada.

Que los poetas, los pintores y los críticos se asombren ó se disgusten, si les place, á causa de esto; que se lamenten diciendo que esto es profanar el arte con mano grosera, que es arrancarle las alas, despojarle de lo que tiene de más hermoso, de su perfume delicado, que hace de él el arte; que digan que únicamente puede hablar así un bárbaro extraño á las musas desde su infancia; á nosotros semejante erupción de mal humor no nos turba en manera alguna, ya que no daríamos un céntimo por todo lo que el arte produce, por todas las sentencias autoritarias y por todas las frases retumbantes de la estética, si no se

justifican por las más severas reglas de la verdad y el bien. Que se hable de transubstanciación del arte, de obra maestra del porvenir, ó de todo lo que se quiera; todo ello nos es igual; pero que se confiese que lo que no resiste la prueba de las leyes de la lógica, es falso, y lo que no resiste á los diez mandamientos, es inmoral.

Desde el punto de vista de la estética y de la humanidad, sólo es bello, lo que, en sí mismo, es lógicamente verdadero y moral, y lo que, considerado en su forma externa, es capaz, de acuerdo con las leyes matemáticas, geométricas, gramaticales, ópticas y métricas, de expresar este pensamiento verdadero y bueno, ⁽¹⁾ de tal suerte que, por los sentidos y la imaginación, penetre en el espíritu de aquél que debe gozar de él, en la misma medida en que ha brotado de la inteligencia de aquél que lo realiza.

3. Las reglas fundamentales de la estética cristiana.—No es, pues, de extrañar que la verdadera belleza sea tan escasamente realizada por manera pura y completamente satisfactoria. En efecto, son necesarias numerosísimas condiciones para que algo pueda llamarse bello sin restricción. Si esto se aplica ya á la belleza natural, con mayor razón lo es cuando se trata de revestir las verdades sobrenaturales de un vestido natural, verdad es, pero que les cae perfectamente. Pues tal es la misión del arte cristiano.

Como el natural, el arte cristiano debe representar igualmente las ideas de lo verdadero y de lo bueno. Pero no es menos cierto que las verdades de la fe no excluyen una sola verdad de la razón, y que la perfección sobrenatural supone la virtud puramente natural, y aun la contiene. Así, pues, nada de lo que es admisible en el arte natural queda excluído del sobrenatural. El Cristianismo sólo considera como pecado y mentira lo que ya lo es tal por naturaleza. Si, pues, hay que condenar algo desde el punto de vista del arte cristiano como falso y malo, este

(1) Aristotel., *Metaph.*, 12, 3, 11.